

EL PAÍS DE LA OSCURIDAD

Había una vez, en un rincón del cielo, una pequeña estrella destinada a iluminar la cima de una alta montaña donde no había nada más que nieve.

En soledad, los meses y los años se le hacían muy largos y la pequeña estrella lloraba:

- Si naciera una flor y pudiera contemplar sus colores ya no me sentiría tan sola.

Una fría noche de invierno, el viento llegó acelerado y se paró en la cima de la montaña.

La pequeña estrella admiraba profundamente el viento porque, entre otras cosas, tenía el poder de correr y viajar más rápido que nadie. Así que al verlo le dijo:

- ¡Ay, viento! ¡Quién pudiera viajar como tú! Visitar todo el mundo, descubrir países lejanos, pasear entre la gente... En cambio yo, siempre clavada en un punto del cielo, me paso la vida sin ver nunca a nadie.

El viento había levantado la cabeza y escuchaba atento a la pequeña estrella que no paraba de lamentarse.

- Además, todos se maravillan del poder que tienes – continuaba diciendo. Con tu fuerza te llevas los nubarrones, alejas las tempestades y avivas la mar. En cambio yo no soy buena para nada. ¿Para qué sirve mi pálida luz en una montaña desnuda como esta?

En ese momento, el viento hizo un soplido para atenuar su voz áspera. Después explicó a la pequeña estrella que en uno de sus largos viajes había llegado a un país donde todo era negrura y donde las personas no sonreían porque estaban rodeadas de oscuridad. Eso le hizo daño en el corazón... y él, con tanto poder, no había podido hacer nada para alegrarlos.

- Les envié aire fresco –explicaba-, les acaricié los mofletes... Pero la gente no advirtió que yo estaba allí. En cambio, estoy seguro de que tú sí que podrías hacer alguna cosa para alegrarlos.
- ¿Yo? ¿Cómo? – preguntó la pequeña estrella.

El viento no respondió. En un movimiento rápido se alzó, envolvió la pequeña estrella y se la llevó cruzando medio mundo hasta llegar al país de la oscuridad.

Al intuir la pálida luz de la pequeña estrella, hombres, mujeres, niños y niñas del oscuro país giraron sus cabezas para mirarla fijamente. Entonces la pequeña estrella, emocionada, esparció reflejos llenos de luz. Las caras de la gente se iluminaron y empezaron a sonreír.

La pequeña estrella se sintió tan feliz que se quedó a vivir en aquel país. Noche tras noche, su luz se encendía más y más, hasta que llegó una noche en que la oscuridad desapareció por completo. Entonces nacieron las flores y la pequeña estrella pudo contemplar sus colores.

Maica Castellá

Había una vez, en un rincón del cielo, una pequeña estrella destinada a iluminar la cima de una alta montaña donde no había nada más que nieve.

En soledad, los meses y los años se le hacían muy largos y la pequeña estrella lloraba:

- Si naciera una flor y pudiera contemplar sus colores ya no me sentiría tan sola.

Una fría noche de invierno, el viento llegó acelerado y se paró en la cima de la montaña.

La pequeña estrella admiraba profundamente el viento porque, entre otras cosas, tenía el poder de correr y viajar más rápido que nadie. Así que al verlo le dijo:

- ¡Ay, viento! ¡Quién pudiera viajar como tú! Visitar todo el mundo, descubrir países lejanos, pasear entre la gente... En cambio yo, siempre clavada en un punto del cielo, me paso la vida sin ver nunca a nadie.

El viento había levantado la cabeza y escuchaba atento a la pequeña estrella que no paraba de lamentarse.

- Además, todos se maravillan del poder que tienes – continuaba diciendo. Con tu fuerza te llevas los nubarrones, alejas las tempestades y avivas la mar. En cambio yo no soy buena para nada. ¿Para qué sirve mi pálida luz en una montaña desnuda como esta?

En ese momento, el viento hizo un soplido para atenuar su voz áspera. Después explicó a la pequeña estrella que en uno de sus largos viajes había llegado a un país donde todo era negrura y donde las personas no sonreían porque estaban rodeadas de oscuridad. Eso le hizo daño en el corazón... y él, con tanto poder, no había podido hacer nada para alegrarlos.

- Les envié aire fresco –explicaba-, les acaricié los mofletes... Pero la gente no advirtió que yo estaba allí. En cambio, estoy seguro de que tú sí que podrías hacer alguna cosa para alegrarlos.
- ¿Yo? ¿Cómo? – preguntó la pequeña estrella.

El viento no respondió. En un movimiento rápido se alzó, envolvió la pequeña estrella y se la llevó cruzando medio mundo hasta llegar al país de la oscuridad.

Al intuir la pálida luz de la pequeña estrella, hombres, mujeres, niños y niñas del oscuro país giraron sus cabezas para mirarla fijamente. Entonces la pequeña estrella, emocionada, esparció reflejos llenos de luz. Las caras de la gente se iluminaron y empezaron a sonreír.

La pequeña estrella se sintió tan feliz que se quedó a vivir en aquel país. Noche tras noche, su luz se encendía más y más, hasta que llegó una noche en que la oscuridad desapareció por completo. Entonces nacieron las flores y la pequeña estrella pudo contemplar sus colores.

EL PAÍS DE LA OSCURIDAD